

REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA HISPANA

Tomo XLVII

San José, Costa Rica

1952

Viernes 15 de Agosto

Nº 20

Año XXXII — No. 1140

RUBEN DARÍO, poeta civil y social

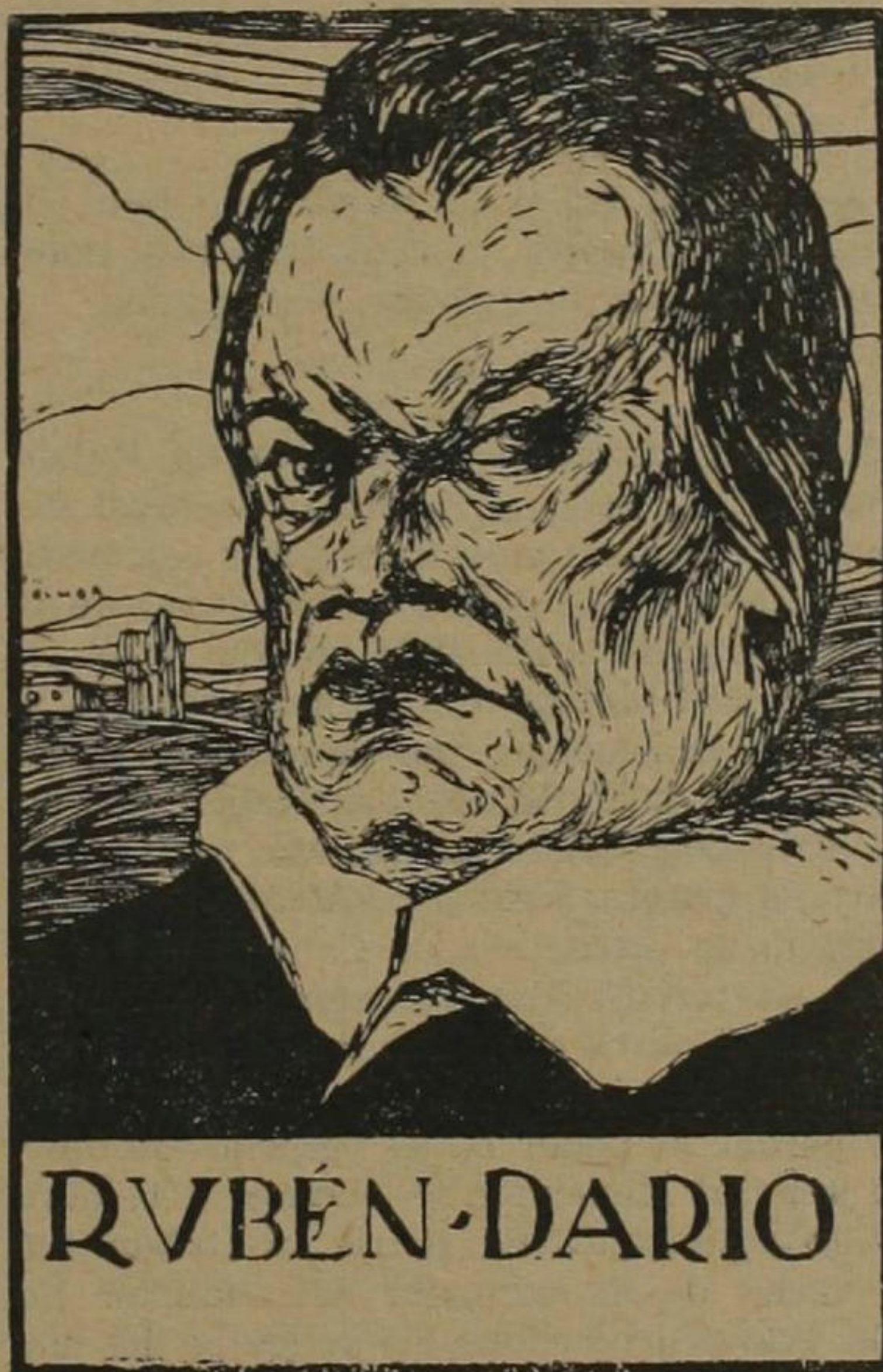
Colaboración de Edelberto TORRES

1

Provocar una sonrisa y hasta una franca carcajada al decir *Rubén Darío, poeta civil* parece natural esperarlo de quienes creen que sólo es el poeta de *Prosas Profanas*, donde hay un suntuoso inventario de cosas versallescas y griegas; imágenes, ritmos, música y color. Los mismos creerán con más convicción que es llegar al ridículo hablar de Rubén Darío como poeta social. ¿Dónde está, dirán, la estrofa de acero candente impresa en la carne capitalista? ¿Dónde está el canto a los derechos del proletariado? ¿En qué forma dió pábulo a la lucha de clases? Y es cierto que en vano buscaremos su profesión de fe por Marx o Bakunín, ni siquiera por Jaurés, ni aun por los ponderados socialistas ingleses. Mucho menos lo encontraremos entusiasta de los *sans culottes* que hinchieron de sangre las barricadas de París en 1870, ni por la semana trágica de Barcelona. Cierto que no, y cierto que, al contrario, certificaremos su horror a las gestas cruentas, su repugnancia por la democracia "oliente a ajo", y su mística admiración por la poma real, por el fausto deslustrante de las cortes a lo Persépolis, Bagdad y Versalles. Quien quiera probar esto no tiene más que invocar las palabras liminares de *Prosas Profanas*. Más, todavía, los negadores de toda condición cívica y social en la vida y en la obra de Rubén Darío, traerán a cuenta sus relaciones con tres gobernante que pusieron la ley por estrado a sus pies: J. Santos Zelaya, de Nicaragua; Rafael Núñez, de Colombia; y Manuel Estrada Cabrera, de Guatemala.

Pero si aquí, como ya se habrá supuesto, nos proponemos destacar en la vasta obra del poeta no sólo sus tangencias con el movimiento social, sino su identificación con el anhelo universal de justicia de las multitudes explotadas, es preciso dilucidar los problemas que surgen de las afirmaciones anteriores. Un poeta, dirán los otros, que se halla bien con el trato de las aristocracias de salón, que no rehúsa el ademán litúrgico, haciendo oscilar el incensario del elogio frente a los poderosos, y que más de una vez pone adjetivos como ascuas en las palabras sacramentales de democracia, república y revolución. ¿Cómo puede ingresar a la jerarquía de poeta social? Pues bien, reconozcamos llanamente y con oportuna anticipación, que Rubén Darío no es un camarada de Lenin, ni un correligionario de Pablo Iglesias; no es poeta de ninguna comuna, ni guardia de asalto lírico contra el orden burgués. Es ante todo, en esencia, en potencia, en palabra y en obra, un poeta. Sepámoslo por él mismo:

"Yo creo que no es otro el objeto, la atmósfera, el alimento, la vida de la poesía que el culto de la eterna y divina belleza;



Por Ochoa

que los filósofos se ocupen del misterio de la vida y de todas las profundidades de lo incognoscible; que los señores políticos se entiendan con la suerte de los pueblos y arreglen esas complicadísimas máquinas que llaman gobiernos; que los señores militares degüellen, defiendan o conquisten. Perfectamente. Tú, luminoso, rubio dios, has enseñado a tus elegidos estos asuntos en verdad interesantes: que las rosas son lindas, que los diamantes, el oro, el mármol, y la seda son preciosos; y que nada hay igual en este mundo a la ventana en donde la mujer amada, Sol, Amalia, Estela, Florinda, medita y tierna, contempla en una hora tranquila un vuelo de palomas bajo el cielo azul. En conclusión, el poeta no debe sino tener, como único objeto, la ascensión a su inmortal sublime paraíso: el Arte".

Pero ese poeta es un genio y un hombre. Por la primera condición, Darío intuye el advenimiento triunfal del derecho de los oprimidos y saluda su liberación con hurras broncíneos, presiente la proximidad de la hora cero de la era capitalista y eleva su verbo premonitorio como heraldo del mundo social nuevo.

Entregado al arte con todas sus potencias creadoras, "como un monje artífice", el hombre pasó por la vida llevado de la mano por la belleza. "En verdad, dice, vivo de poesía. Mi ilusión tiene una magni-

Al Dr. Miguel F. Molina, cultor de la ciencia y servidor de la humanidad.—E. T.

x

ficencia salomónica. Amo la hermosura, el poder, la gracia, el dinero, el lujo, los besos y la música. No soy más que un hombre de arte. No sirvo para otra cosa". Pero el hombre fué lo suficientemente humano para traducir en pensamiento el roce inevitable con el suceso del momento y para que su exquisita sensibilidad —hiperestesia decía él— rebotara con indignación o ira por el proceder de los grandes de la tierra con los que por milenios padecen sed de justicia.

Rubén Darío amó la justicia con toda la intensidad de su capacidad afectiva. Pero no la amó como a algo exclusivo, sino como a uno de los muchos nobles objetos de su amor, y el amor es uno de sus rasgos más íntimos, más puros y más suyos. Los documentos de quien si hubo alma sincera fué la suya, sobre la universalidad de su amor, son abundantes. En la vasta circunferencia de ese amor la belleza ocupa el centro, pero lindante con ella está la justicia, cuyo ultraje le estremece con indignación.

Este sector de la personalidad de Rubén Darío, nos anticipa la comprensión de su inquietud social y cívica. Quien profesa un amor integral a la creación con todo el contenido de ésta en vida, seres, cultura y valores, no puede quedar impasible ante los intereses inmediatos que formán la trama del diario vivir. Sea que estemos dentro del marco del hombre económico, fabricante, social o pensante, el incidente infaltable del día en el mundo social y político, provoca la chispa mental o la vibración sensitiva. Rubén lo dice: "No mueren las ideas por el hecho común o que comente el suceso de ayer; nacen las ideas por eso mismo".

Sentada la premisa cierta del ser moral de Rubén Darío como hombre vinculado a su tiempo, por más que sus soñaciones de artista le dieran nacionalización griega, romana y de más allá, del oriente fascinador, —entrañado por su condición espiritual al dolor del de abajo, es preciso explicar su conducta con los dictadores Núñez, Zelaya y Estrada Cabrera. Una virtud de Rubén esclarece, explica y hasta justifica los diltambos con que cubrió de flores aquellos nombres execrables. Darío poseía el don de gratitud, y a aquellos hombres devolvió las mercedes materiales recibidas con lo que tenía en sus arcas de poeta: versos.

Rafael Núñez, el buitre lírico, como lo llamó el tempestuoso Vargas Vila, hizo a Rubén Cónsul de Colombia en Buenos Aires; los sueldos anticipados que recibiera le permitieron llegar a la capital sureña "vía París" y realizar así uno de los sueños de su juventud: conocer a la Francia que ya llevaba incrustada en el corazón.